

—Lo mejor de todo es que nadie puede sospechar de nosotros. ¿Dormía la *Bizca*?

—Como un tronco—repuso Pinto.

—Entonces, no tenemos nada que temer.

—¡Poco á poco!—objetó Luján.—La figonera no estaba sola.

—¿Cómo?

—Escuchad, maese Gendry. Nuestra tarea no ha terminado. Necesito decir unas palabras á una moza que ha querido agujerearme el cráneo.

—Explicate, ¡mil rayos!

—¿No habéis oído un pistoletazo?

—Creo que sí; pero no es raro en estos parajes.

—La bala era para mí, y me dejó sin sombrero, chamuscándome el pelo. No fué la *Bizca* la que disparó.

Y en pocas palabras contó á su jefe lo ocurrido. Gendry le escuchó con atención y exclamó:

—¿Habrá sorprendido nuestras conversaciones?

—No me lo explico de otro modo, y estoy seguro de que nos acusará si no ponemos orden.

Gendry marchaba á grandes pasos de una parte á otra, y al fin se detuvo en seco y gruñó sordamente.

—¡Nada de sensiblerías nocivas! Hay un

medio eficaz de que guarde silencio. Todavía tenemos tiempo. Antes de que se despierte la *Bizca* vamos á hablar un poco con esa Maturina.

—¡Lástima!—murmuró Pinto.—¡Es muy hermosa!

—¡Ah, pollitos! Bueno; ya veremos, pero al fin no habrá más remedio que atarla de pies y manos y enviarla á hacer compañía á sus amigos.

Los cuatro se inclinaron otra vez hacia el albañal. Estaba mudo como una tumba.

—Cocardasse ha bebido esta noche por última vez—murmuró con sorna Gendry.—¡Que este líquido sea dulce y grato á su gazonate!

Todos soltaron una carcajada, y tomaron el camino del figón para castigar á Maturina.

### XIII

#### El secreto del albañal.

Los cuatro bribones pudieron penetrar á su guisa en el figón, pues la puerta hallábase aún abierta. Sin embargo, por exceso de precaución, como podían haberse despertado las mozas al

oir el pistoletazo, Rafael y Luján se adelantaron y miraron por la puerta entreabierta.

En la sala todo estaba como lo dejaron, salvo la *Bizca*, que á la sazón dormía tendida en el suelo, pero siempre con sueño pesado y tranquilo. Después de algunos instantes de observación los jóvenes hicieron á sus compañeros seña de que los siguiesen, y los cuatro entraron sin que la figonera hiciera el más insignificante movimiento.

Gendry y el *Ballena* se sentaron ante una mesa para beber, mientras los otros, que conocían la casa, pusiéronse á buscar á Maturina, cuya ausencia inquietaba á los cuatro compinches. Registrada la sala y la cocina, volvieron á dar cuenta de lo infructuoso de sus pesquisas.

—Habrás ido á beber á la bodega para mitigar sus emociones—dijo el *Ballena*.

—No lo creo—replicó Pinto,— porque sólo bebe agua ó poco menos. Más fácil es que haya ido á encerrarse en su cuarto.

Luján hizo un gesto negativo mostrando con el índice la puerta abierta, por donde habían entrado. Á su juicio, antes de encerrarse en su cuarto hubiera echado barras y corrido los cerrojos.

Los cuatro se miraron perplejos.

Como querían convencerse, los jóvenes bajaron á la bodega con sendas antorchas; pero

sólo vieron enormes ratas que huían ante ellos. Con infinitas precauciones para no despertar á nadie subieron hasta el cuarto de la moza. Estaba vacío, y la cama intacta: no se había acostado siquiera. Reuniéronse muy alarmados con sus compañeros.

—El pájaro voló—murmuró Ibo de Luján, —llevándose nuestro secreto.

—La bribona ha previsto que volveríamos y que le zurraríamos la badana—agregó Pinto, también á media voz.

Gendry gruñó furioso:

—¡No puede haber ido muy lejos á estas horas! Mi idea es que se habrá guarecido en alguna parte por aquí cerca.

—¿Qué hacer?

Durante buen rato tuvieron consejo. Gualter y el *Ballena* eran de parecer de irse sin continuar más las pesquisas, pues su presencia en el figón podía ser sospechosa, sobre todo si despertaba la *Bizca*.

—¿Y nosotros?—preguntó Pinto.

—Vosotros quedaos. Si la moza reaparece antes de amanecer, ya sabéis lo que tenéis que hacer, y nuestra presencia no es necesaria. Sobre todo, nada de vacilaciones: la justicia expeditiva y sin ruido es la mejor.

—¿Y si no vuelve?

—Si no vuelve, contad á su ama que se ha

ido con los dos diestros y largos vosotros: ya no os queda nada que hacer aquí. En cuanto á Maturina, ya la buscaremos..., y la hallaremos.

Bebiéronse lo que quedaba en los jarros y se fueron, dejando algo perplejos á sus dos acólitos.

—Gritará, se defenderá—murmuró Pinto, —y apenas si seremos bastantes para acabar con ella; sobre todo si tiene algún arma á mano.

—No hay que dejarle tiempo para que se arme. Tenemos que atravesarla de una estocada antes que pueda gritar.

—Hubiera preferido que ellos se encargaran de esta faena. Yo no he matado nunca mujeres, y Maturina es demasiado hermosa para acortarle así la vida.

—Soy de tu opinión, Rafael; pero el único medio de sustraernos á esa enojosa faena es que no vuelva por aquí.

Gendry hizo mal en considerarlos suficientemente endurecidos en el crimen para encomendarles una acción tan cobarde. Tenían ex-crúpulos, y hasta Luján sentía que el pistoletazo que le había dirigido no le permitiese perdonarla. La juventud se deja con frecuencia conmover y arrastrar hacia los buenos sentimientos, aun cuando su regla de conducta sea el mal.

Estaban muy predispuestos á una reconciliación, cuando la figonera abrió el ojo. Muy asombrada de verse tendida en el suelo, se incorporó y miró en torno suyo; en seguida, avergonzada y colérica, se puso en pie. No parecía darse cuenta de lo sucedido, y contemplaba con asombro á los dos jóvenes, que fingían dormir con la cabeza apoyada sobre la mesa. Amanecía. Los gallos cantaban. La *Bizca* hizo un esfuerzo para coordinar sus ideas, y sacudió con rudeza á los durmientes.

—¿Qué significa esto? ¿Qué hora es? ¿Dónde están Cocardasse y Passepoil?

Pinto alectó una estupefacción cómica.

—¡Pardiez! ¡Es verdad! ¿Dónde están?

—Tengo la cabeza pesada—dijo á su vez el bretón.—Me parece que hemos bebido demasiado. ¡La culpa es de ese endiablado bebedor! ¡Hola, maese Cocardasse!—Y después de mirar asombrado en torno suyo exclamó:— ¡Calle! ¿Nos han dejado así nuestros amigos? Pero vos debéis de saber, hermosa, dónde está Passepoil.

La comedia tuvo maravilloso éxito. La *Bizca* creyó á salvo su dignidad, y se quedó muy satisfecha de que no la hubieran visto tendida bajo la mesa. Podían acusarla de desvengonzada y de avara: de lo primero ella misma se jactaba, y de lo segundo no hacía caso; pero su

amor propio no podía tolerar que la tildasen de borracha. ¡Y ay de quien osara hacerlo!

Por lo pronto, lo que la enfurecía era la desaparición de los diestros. Y su rabia aumentó al darse cuenta de la ausencia de la moza.

—¿Dónde está Maturina?

—¿Dónde está Maturina? —repitieron á coro los espadachines.

Y luego cada cual, como hablando para sí, murmuró:

—¡Se habrá ido con Cocardasse!

—Á menos que no se haya ido con Passepoil.

La figonera subió en un brinco al tabuco de la normanda, y le halló vacío. Despertó á todas sus criadas dando puñetazos en las puertas, y la taberna se pobló de clamores, imprecaciones y votos. Luján se golpeó de pronto la frente como el borracho que hace esfuerzos por concertar sus pensamientos y que acaba de recordar algo.

—¡Maturina!—tartamudeó en un momento en que la *Bizca* pasaba por su lado golpeándose las caderas como leona en su jaula.— ¡Maturina!... ¡Aguarda!... Yo sé...

—¡Habla de una vez, idiota! ¿No ves que me requemas la sangre?

—¡Oh, oh! ¡Nada de palabrotas!

Miró á la puerta, vió que podía salir sin

obstáculo, y cogiendo la mano de su compañero para arrastrarle tras sí en cuanto acabase de decir lo que quería, exclamó:

—¡Maturina!... ¡Ya me acuerdo!... ¡Sí; eso es!... ¡Maturina! ¡Se la ha llevado Passepoil!

Sucedió lo que había previsto: la figonera se precipitó contra él dominada por una cólera espantosa, aterradora; pero ya los jóvenes estaban lejos, fuera del alcance de sus pistolas.

Poco les importaba lo que pudiera suceder en la *Cueva Hedionda*, seguros de que Maturina no estaba: lo único que deseaban era no dejarla entrar, y para ello rondaron toda la mañana por los alrededores. No sabían bien lo que harían si regresaba la moza al figón en pleno día, y la mejor solución para ellos del difícil problema fué que no volviese. Hubieran dado cualquier cosa por saber qué había sido de ella.

Volvamos ahora á los diestros, á quienes dejamos en posición tan difícil.

Verdad que si las aguas del albañal de Montmartre eran tan negras como las de la Estigia, á lo menos la laguna infernal tenía la ventaja de ser surcada por la barca del viejo avaro Caronte; y es probable que al tropezar con él Cocardasse le hubiese acogotado para apoderarse de su nao y navegar con ella en sentido contrario á la puerta del Infierno. Pero ya que no era posible esto, el gascón tuvo la

suerte de caer de pie, y se libró del desagradable lance de probar una sola gota del infecto líquido. Se había salvado.

El agua no le llegaba más que hasta el pecho. En dos zancadas se acercó al puente y se pegó á uno de sus pilares. Así, bien guarecido y seguro de salir cuando quisiera, escuchó toda la conversación de sus enemigos. Varias veces tuvo que morderse fuertemente los labios para no dejar escapar uno de sus juramentos; y como su querida Petronila se le había escapado de la mano al caer, más le valía enmudecer; tanto más, cuanto que le tenían por difunto. Sus ideas, empero, eran sombrías.

Discurría un número incalculable de venganzas, á cual más terribles y refinadas, al paso que sufría vivamente en su amor propio por haberse dejado engañar por aquellos bribones; y este sentimiento mezclábase á la vergüenza que le causaba la sola idea de mostrarse en el estado lamentable en que saldría de aquella cloaca.

—¡Cuernos de Lucifer!—pensaba mientras Gendry y sus acólitos se congratulaban de su fin.—¡Veréis si Cocardasse ha bebido su último trago! ¡Voto á bríos! ¡Será vuestra propia sangre lo que verteré antes de veinticuatro horas, y opino que no oiréis pronunciar vuestra oración fúnebre!

Sonrióse al oír decir á Gendry que le había matado.

—¡Sangre de Cristo!—se dijo con supremo desdén.—¡El pícaro es tan fanfarrón como torpe! Esa estocada que, según él, me ha atravesado el corazón, apenas si me ha hecho un ojal en mi colete debajo del sobaco.

Cuando se alejaron muy ufanos los mandrines, escuchó hasta que no pudo oírlos, y ejecutando un ejercicio que hubieran aplaudido todos los maestros de gimnasia de Francia y de Navarra, se puso de pie sobre el puente. Debemos advertir que no estaba muy orgulloso de ello y que en aquel momento nadie se hubiera atrevido á tocarle ni con pinzas, empapado de inmundicia como se hallaba.

El hombre lo comprendía así, por más que no tenía espejo alguno á su alcance, y la oscuridad de la noche le impidiera ver su suciedad. Pero lo que le exasperaba en sumo grado era la pérdida de Petronila, su formidable espada, su inseparable compañera de aventuras. De repente dió una patada en el puente, y exclamó, sin darse cuenta de que podía ser oído.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Qué bestia soy en pensar sólo en mí, cuando no se lo que ha sido de mi pequeño Amable!

No bien se hubo planteado esta cuestión,

cuando recordó con febril ansiedad lo que oyó decir al *Ballena*. ¿Sería cierto?

—¡Si mi tesoro ha sido de veras herido— pensó Cocardasse, cuya garganta lanzó un prolongado gemido,—ha podido desmayarse y ahogarse! ¡Cochina suerte, mi olvido ha podido matarle!

Se inclinó y escuchó ansiosamente: el agua corría silenciosa. Llamó, primero bajo, luego más fuerte. Pero á medida que redoblaban sus temores se le oprimía la garganta, y en breve no pudo exhalar sino gemidos sordos. ¿Cómo buscar en aquellas espesas tinieblas? Volver á la taberna, era exponerse á dar desarreado con los cuatro bandidos.

En circunstancias difíciles generalmente Cocardasse no tuvo ocasión de grandes esfuerzos intelectuales para solucionar problema alguno: su amigo era el que proveía á ello; y así, aquella vez, que se veía privado de las luces del normando, su cerebro, poco habituado á la labor, se torturaba en vano. No quería alejarse, por temor de que Amable necesitase socorro y lo pidiera en su ausencia, y, por otra parte, se daba cuenta de que si traía auxilios y medios, quizás sería aún tiempo de salvarle.

—¡Mal pecado! —gruñó golpeándose la frente con desesperación.—¡Lléveme el Diablo si sé qué hacer!

Las lágrimas asomaban á sus ojos, creyendo ya inevitable y segura la muerte de su camarada, y pensaba:

—¿Qué voy á decir á Chaverny? ¿Qué dirá Lagardère cuando vuelva? ¡Tendré que confesar que no he sabido defender á su maestro!

No se le ocurría imputar á Passepoil su parte de culpa por haber tenido tanto empeño en ir al figón de la *Bizca*; él sólo se culpaba, reprochándose no haber querido escuchar á Maturina, que les suplicaba que no saliesen.

—Todo esto no conduce á nada—pensó al fin.—Por más que me lamente, el pichoncito no se halla en estado de aconsejarme. Lo mejor es ir en busca de socorro. Ya debiera haberlo hecho hace mucho.

Llamó aún dos ó tres veces. Un buho dejó oír su siniestro graznido, y Cocardasse echó á correr hacia la puerta de Richelieu. El que le hubiera visto infecto y desgrenaado, dando enormes zancadas, con la mirada extraviada y la ansiedad pintada en las facciones, le habría tomado por un personaje macabro de los que admiramos en las fantásticas composiciones de Holbein.

Cuando la guardia de la puerta le vió llegar en aquel estado su primer impulso

fué aprehenderle. Con seguridad no podía ser un hombre honrado: nunca se habían hallado en presencia de un malandrín de tan repugnante aspecto, ni que esparciera en derredor suyo olor más nauseabundo.

—¡Calle!—exclamó el sargento.—¿De dónde saldrá este bicho y qué clase de bribonada acabará de hacer? ¡No le dejéis pasar! ¡Dadle con las picas!

Cocardasse se miró al resplandor del humoso farol de la guardia, y se vió en estado poco conveniente. Sin embargo, era de esos hombres que aun en las circunstancias más difíciles saben evitar el ridículo y atraerse, si no el respeto, á lo menos la atención. Si no temía las estocadas, era sensible al desprecio: se paró en seco, irguióse y replicó:

—Joven, confieso que no es mi aspecto actual el de un gentilhombre; pero el hábito no hace al monje. La culpa es de cuatro bandidos que se prevalieron de la oscuridad para atacarme y me hicieron rodar dentro del albañal de Montmartre.

—¿Y qué quieres que le hagamos? Todos los que se aventuran por ahí á tales horas están expuestos á lances parecidos.

—¡Mal pecado! Lo sé de sobra, y no necesito á nadie para arreglar mis cuentas con ellos. No pido vuestro auxilio para mí.

—¿Pues para quién?

—Para un buen amigo mío, para un compañero de armas que los canallas han herido, quizás gravemente, antes de echarle como á mí al albañal. Coged antorchas, amigos, y seguidme: tengo la esperanza de que hemos de encontrarle vivo.

Parecía tan comovido al pronunciar tales palabras, que los soldados principiaron á interesarse por él.

—¿Quién eres?—preguntó el sargento.

—Cocardasse, maestro de esgrima, y la primera espada de Francia y de Navarra, después de otra que no conocéis. La segunda es la de mi querido camarada Amable Passepoil, á quien vamos á buscar.

—¡Tanto peor para él si quedó en el albañal!—murmuró el sargento.—No podemos hacer nada por él.

—¡Oh, oh!—gruñó el gascón, que perdía la cabeza y la paciencia.—Dadme, pues, luz, y volveré solo. Si no revolviere Cielo y Tierra para encontrar á Passepoil, ¿con qué cara me iba á presentar luego ante Lagardère?

—¡Qué! ¿Qué hablas tú del conde de Lagardère?

—¡Ta, ta, Lagardère es la cabeza, y Cocardasse y Passepoil, los brazos! ¿No habéis oído hablar nunca de sus dos diestros?

—Tienes razón—repuso el sargento golpeándose la frente.—Sí, sí; y sé que son dos valientes. ¿Serías tú uno de ellos, por ventura?

—¡Claro que sí! Tengo ese honor. Pero estamos perdiendo el tiempo, mientras el pequeño agoniza quizás.

Por orden del sargento cuatro hombres se proveyeron de antorchas y siguieron á Cocardasse. Registraron los alrededores del canal. El gascón llegó á meter los pies en el agua, bajó y subió la corriente inclinándose sobre la superficie sucia y mal oliente, y removiéndola con una rama de árbol. Deseaba por lo menos hallar el cadáver de su amigo, cogerlo en sus brazos y llevarselo.

Los que le ayudaban en tan lúgubre faena tuvieron conciencia de lo que importaba aquella busca de un cadáver querido en medio de la noche, á la luz de las antorchas y en un albañal.

El espectáculo era á la vez impresionante y lúgubre. De vez en cuando elevábase desgarradora y balbuciente la voz de Cocardasse, que hacía estremecerse á los soldados, llamando á su camarada con los epítetos más cariñosos.

Llamamientos, investigaciones, votos y la-



Bajó y subió la corriente removiéndola con una rama de árbol...



mentos fueron inútiles. El albañal guardó su secreto.

Con la cabeza baja, húmedos los ojos, caídos los brazos, el pobre diablo llegó á la puerta de Richelieu. Una vez allá dió las gracias al sargento, gratificó con algunos escudos á los soldados que le habían acompañado, y al romper el alba, se dirigió lentamente, por las desiertas calles hacia el palacio de Nevers para comunicar á sus moradores la fatal nueva de la desaparición de Passepoil.

#### XIV

#### ¡Brava moza!

No se piensa en todo.

Si á Cocardasse ó á cualquiera de los cuatro soldados que le acompañaban se les hubiera ocurrido llevar un poco más lejos su exploración y seguir hasta unos doscientos pasos aguas abajo, acaso hubieran advertido en las orillas del canal huellas de pasos recientes. Y podemos decir que si el gascón no hubiera tenido la idea de ir á buscar socorro tan lejos, el auxilio le había llegado *motu proprio*.

Se recordará que Passepoil no había recibido más que una herida insignificante; pero al contacto del agua sangró en abundancia. Para colmo de desgracia, en vez de caer de pie como su amigo el normando, queriendo agarrarse á los travesaños salientes del puente, cayó hacia atrás y de cabeza en el nauseabundo arroyo.

Por fortuna, el diestro, no era un cualquiera para dejarse ahogar así como así. Sin perder el ánimo luchó contra aquella invasión del infecto líquido por ojos, narices, boca y orejas, y después de silenciosos y desesperados esfuerzos consiguió ponerse en pie. Su situación, sin embargo, no mejoró mucho, pues estaba precisamente en el sitio adonde los mandrines dirigían sus pedradas.

Cierto que las piedras caían al azar; pero la fatalidad quiso que una de ellas bastante gruesa le diera en la cabeza: menos mal que el golpe no fué tan recio que le hiciera caer desvanecido ó muerto. En cambio, le aturdió bastante para trastornar todas sus ideas, lo que le impidió pensar en guarecerse bajo el puente, como había hecho Cocardasse. Tal vez por un instante lamentó no haber nacido en Bretaña, ya que los bretones gozan fama de tener cabezas irrompibles.

Encorvado para no ser visto, apoyándose en las piedras del cauce y con infinitas precau-